

Acabamos de vivir un acontecimiento de Iglesia que todo el mundo llama simplemente "Aparecida". Es posible que, con el paso del tiempo, para muchos "Aparecida" sea solo el documento conclusivo de este encuentro de Obispos.

Sin embargo, para quienes hemos vivido de cerca este evento eclesial, Aparecida es mucho más. Es la escogencia de un tema que, si se lleva a la práctica, va a cambiar el rostro de la Iglesia latinoamericana y caribeña; es la reafirmación del modo propio de ser Iglesia en este Continente de la esperanza y del amor, avalado por el "mantenete la vostra forma" de Juan Pablo II; es el proceso de participación de personas, grupos y comunidades que comenzaron a sentir que, en medio de un mundo tocado por el desencanto, su corazón ardía nuevamente en este camino de seguimiento del Señor Resucitado; es el ambiente de comunión eclesial que permitió el acercamiento de diversas tendencias y enfoques teológicos y pastorales, tanto de especialistas como de comunidades y movimientos eclesiales; es la presencia iluminadora de Benedicto XVI, presencia cálida y acogedora e iluminación estimulante, centrada en Jesucristo, Camino, Verdad y Vida; es el apoyo orante del pueblo llano y sencillo, tanto en el Santuario de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida como en los más alejados rincones de nuestros pueblos; es el cúmulo de expectativas y de aportes que se entregaron a lo largo de todo el proceso y que se dieron a conocer, algunos de ellos, en los grupos de trabajo, en las comisiones de estudio y en el aula plenaria, aunque no hayan llegado todos a cristalizarse en un texto oficial; es, naturalmente, el Documento Conclusivo y el Mensaje final a los pueblos, que invitan a un seguimiento fiel y cercano de Jesucristo en esta hora de nuestra historia.

El Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, al que queremos hacer referencia en esta página editorial, contiene "numerosas y oportunas indicaciones pastorales, motivadas por ricas reflexiones a la luz de la fe y del contexto social actual", como dice el Papa en la carta de autoriza-

ción de su publicación; y consta de una Introducción, una Conclusión y tres grandes partes, organizadas en diez capítulos y estructuradas de acuerdo con el método ver-juzgar-actuar.

La *Introducción* del documento es una contextualización de la V Conferencia, celebrada en Aparecida, Brasil, con la presencia iluminadora del Papa Benedicto XVI y con la permanente compañía orante del pueblo creyente. En esta introducción se hace una alusión a la llegada del Evangelio a nuestras tierras, dentro de un dramático y desigual encuentro de pueblos y culturas; y se hace un breve recuento del caminar de la Iglesia en América Latina y El Caribe.

La **primera parte** del documento, titulada “La vida de nuestros pueblos hoy”, consta de dos capítulos en los cuales se presenta la realidad en que viven los cristianos, como discípulos misioneros, en sus diversas facetas.

El *primer capítulo* contiene una explicitación de la identidad cristiana, expresada en una acción de gracias, en una manifestación de alegría por el hecho de ser discípulos misioneros de Jesucristo y en una descripción de la misión de la Iglesia.

El *segundo capítulo* presenta una mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad, tanto social como eclesial. En la realidad social se tienen en cuenta los aspectos socio-cultural, económico y sociopolítico; y, por la importancia que han adquirido en esta hora histórica, se hace una descripción de problemáticas muy actuales como la biodiversidad, la ecología, la Amazonía, la Antártica; y también se valora la presencia de los pueblos originarios y afrodescendientes en la Iglesia. En la realidad eclesial se examinan sus luces y sus sombras. Luces como los avances que se han logrado en la animación bíblica de la pastoral, en la renovación inculturada de la liturgia, en los ministerios confiados a los laicos, en la animación de las comunidades cristianas por parte de los delegados de la palabra y otros agentes pastorales, en la presencia testimonial de los consagrados y consagradas en contextos de mucha dificultad, en el crecimiento de movimientos eclesiales y nuevas comunidades, en la difusión de la doctrina social, etc. Y también se examinan algunas sombras como los intentos de volver a una Eclesiología y a una espiritualidad contrarias a la renovación del Concilio Vaticano II, las débiles vivencias en la opción preferencial por los pobres, el opacamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad, el escaso acompañamiento de los laicos, el empleo de un lenguaje poco significativo para el

mundo de hoy, el abandono de las prácticas religiosas y el paso de numerosos católicos a otros grupos religiosos.

La **segunda parte** del documento, que corresponde al “juzgar”, se titula “La vida de Jesucristo en los discípulos misioneros” y está organizada en cuatro ejes temáticos: las buenas noticias que anuncian con alegría los discípulos misioneros; la vocación al seguimiento de Jesús; la vida de comunión y la importancia de la formación en el contexto de una espiritualidad trinitaria.

El *capítulo tercero* se refiere precisamente a las buenas noticias que los discípulos misioneros deben anunciar con alegría: la dignidad humana, la vida, la familia, la actividad humana, el destino universal de los bienes, la ecología, la esperanza y el amor en el Continente.

El *capítulo cuarto* trata el tema de la vocación de los discípulos misioneros a la santidad, quienes han sido convocados al seguimiento de Jesucristo, a fin de configurarse con el Maestro y comprometerse en el anuncio del Evangelio del Reino de la vida, animados por el Espíritu Santo.

El *capítulo quinto* es un llamado a vivir la comunión en los lugares propios del contexto eclesial como la diócesis, las parroquias, las comunidades eclesiales de base, las pequeñas comunidades, haciendo énfasis en el papel que tienen las Conferencias Episcopales en la animación de la solidaridad entre las Iglesias. Este capítulo destaca la urgencia de vivir el discipulado en las vocaciones específicas a las cuales el Señor nos llamó: los Obispos, discípulos misioneros de Jesús Sumo Sacerdote; los Presbíteros, de Jesús Buen Pastor; los Diáconos permanentes, de Jesús Servidor; los fieles laicos y laicas, de Jesús luz del mundo; y los consagrados y consagradas, de Jesús Testigo del Padre. La comunión no se queda al interior de la Iglesia sino que manifiesta su preocupación por los que han dejado la Iglesia para unirse a otros grupos religiosos; y hace explícita la necesidad de un diálogo ecuménico e interreligioso.

El *capítulo sexto* presenta el itinerario formativo de los discípulos misioneros a partir de una espiritualidad trinitaria del encuentro con Jesucristo en su Palabra, en la Eucaristía, en la piedad popular, en la comunidad de fe y de amor fraterno, y, de modo especial, en los pobres, afligidos y enfermos, siguiendo el ejemplo de María, discípula y misionera, y el testimonio de los apóstoles y santos latinoamericanos. En este proceso de discipulado es fundamental

tener en cuenta algunas etapas comunes: el encuentro con Jesucristo, la conversión, la vida en comunión, la formación permanente y la misión; y algunos criterios generales, a fin de que la formación sea integral, kerygmática, permanente, respetuosa de los procesos y que contemple el acompañamiento. La iniciación a la vida cristiana y la catequesis permanente son herramientas indispensables en el reavivamiento de la identidad misionera del discípulo en los lugares propios de formación como son la familia, la parroquia, las pequeñas comunidades, los movimientos eclesiales, los centros de educación católica, los seminarios y las casas de formación religiosa.

La **tercera parte**, titulada “La vida de Jesucristo para nuestros pueblos”, que corresponde al “actuar” misionero, está organizada también en cuatro ejes temáticos: Vida plena, Dignidad humana, Familia, Pueblos.

El *capítulo séptimo* afirma que la misión de los discípulos está al servicio de la Vida plena en Jesucristo, lo cual exige una conversión pastoral y una renovación misionera de todas nuestras comunidades, que contempla necesariamente la misión *ad gentes*.

En el *capítulo octavo* se establece la directa relación existente entre Reino de Dios y promoción de la Dignidad Humana, lo cual implica una opción por todos aquellos que están sufriendo el menoscabo de su integridad como personas: los que viven en la calle en las grandes urbes, los migrantes, los enfermos, los adictos dependientes, los detenidos en las cárceles, los excluidos... La Iglesia en su compromiso por restaurar la dignidad de los más afectados por el actual sistema, debe trabajar por la globalización de la solidaridad y de la justicia, desde una renovada pastoral social que tenga en cuenta los complejos fenómenos del mundo actual.

El *capítulo noveno* centra su atención en la Familia y se titula “Familia, Personas y Vida”. En este capítulo hay tres aspectos bien definidos: el matrimonio y la familia con sus niños, adolescentes, jóvenes y ancianos; la dignidad, participación y responsabilidad de la mujer y del varón en la construcción corresponsable de la familia y de la sociedad; y la promoción y defensa de la cultura de la vida que no solo incluye la vida humana sino también el cuidado de toda la creación.

El *capítulo décimo*, titulado “Nuestros Pueblos y la Cultura”, defiende el derecho que tienen los pueblos a una cultura, a una educación

integral, entendida como “bien público”, a una comunicación social democrática, a una participación en la vida pública, a una integración de todos los sectores de la sociedad, incluyendo los pueblos originarios y los afroamericanos, todo esto como un servicio a la reconciliación, a la unidad, a la fraternidad y a la solidaridad de nuestros pueblos.

La *Conclusión* del documento está dedicada a destacar la urgencia de un despertar de la Iglesia en América Latina y El Caribe para un gran impulso misionero, que sea un nuevo Pentecostés, para lo cual es necesario ser de nuevo evangelizados y fieles discípulos del Señor Jesús.

En este número de la Revista Medellín queremos ofrecer a los lectores diversos textos que ya forman parte de la historia de la Iglesia en América Latina y El Caribe: el Discurso inaugural del Santo Padre; las palabras introductorias a los trabajos de la V Conferencia, por parte del Cardenal Giovanni Battista Re, Prefecto de la Congregación para los Obispos y Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina; la intervención del Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, Arzobispo de Santiago de Chile y Presidente del CELAM, sobre el espíritu que animó su preparación; y el recorrido histórico de este caminar a cargo de Monseñor Geraldo Lyrio Rocha, Presidente de la Conferencia Episcopal de Brasil y Primer Vicepresidente del CELAM. Presentamos además algunos apuntes sobre el acontecimiento Aparecida, elaborados por los directivos del ITEPAL, quienes tuvimos el privilegio de formar parte del equipo ejecutivo del CELAM en este “Pentecostés” de la Iglesia latinoamericana y caribeña.

El Director